

Miguel Ángel Pardo

Índice homilias

Noviembre 2014

| | |
|--|----|
| La Carta de la Alegría..... | 2 |
| La Dedicación de la Basílica de Letrán..... | 3 |
| Colaboradores en la obra de Dios..... | 6 |
| La parábola de los talentos | 7 |
| El libro del Apocalipsis | 10 |
| Mira que estoy a la puerta y llamo | 12 |
| Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo | 14 |
| Llevaban grabado en la frente el nombre de Cristo..... | 16 |
| Dichosos los invitados a la Cena del Señor..... | 18 |
| I Domingo de Adviento | 19 |

La Carta de la Alegría

Lunes, 3 de noviembre de 2014

Textos: Flp 2, 1-4; Salmo 130; Lc 14, 12-14

Esta semana la Iglesia nos ofrece la Carta a los Filipenses en la primera lectura. Es una carta preciosa que destaca por ser la “*carta de la alegría*”. San Pablo varias veces exhorta a los cristianos a que estemos alegres.

Y tenemos que estar alegres, sobre todo, por dos motivos. Primero, por Cristo y luego por la vida que nos regala el Señor. Va entrelazándose en la carta, la llamada a una vida cristiana según Dios y la contemplación del misterio de Cristo.

Además de esas exhortaciones que hace el apóstol a la alegría: «*Os lo repito, estad alegres, el Señor está cerca, estad alegres*», tiene otros pasajes muy conocidos, uno es el himno donde se proclama el misterio de Cristo: «*Cristo a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos*». Y más adelante, en el capítulo tercero, San Pablo nos cuenta su conversión: «*todo lo estimo basura comparado con el conocimiento de Cristo Jesús*».

Hoy hemos escuchado un texto, donde está preparando san Pablo lo que va a ser la contemplación del misterio de Cristo, ha dicho: «*dejaos guiar por la humildad*». Después va a poner a Cristo como ejemplo, porque **ciertamente tenemos que vivir la humildad para que así imitemos y sigamos los pasos del Señor.**

En esa llamada a la humildad, es donde uno, verdaderamente, descubre el lugar donde se encuentra la paz. Sólo cuando somos humildes podemos ser felices. Vamos a pedirselo hoy al Señor de corazón.

Señor, en esta tarde, te damos las gracias por la luz que nos das a través de San Pablo, y te pedimos que nos hagas humilde y que obremos con humildad.

Que aprendamos a reconocernos en lo que somos delante de ti, y nos enseñes a vivir desde esa humildad en la relación con los demás.

Que amemos la humildad, que en ella encontremos la paz en ti, y aprendamos a ponernos al servicio de nuestros hermanos con fidelidad.

Que así sea



La Dedicación de la Basílica de Letrán

Domingo, 9 de noviembre de 2014

Textos: Ez 47, 1-2.8-9.12; Salmo 45; 1 Cor 3, 9-11.16-17; Jn 2, 13-22

Hoy vamos a dedicar la homilía a los peques, porque tenemos una fiesta especial. Estamos celebrando el aniversario de la consagración de la Catedral de la Diócesis de Roma⁽¹⁾, es la Catedral que preside a todas las iglesias y es la sede del sucesor de Pedro, el Papa.

La Iglesia celebra tres fiestas: la dedicación de la Catedral de Roma, la dedicación de la Catedral de la Diócesis⁽²⁾, en nuestro caso de Alcalá, y la dedicación de esta iglesia⁽³⁾, de este templo, daré un premio a los niños y niñas que encuentren dónde está escrito el día que se dedicó este templo.

Y ¿por qué es importante celebrar esto? Pues mirad, *–no hablo de la parroquia sino del Templo, porque la parroquia es más grande que el templo, se entiende por parroquia a los cristianos que pertenecemos a un lugar, luego a todo el complejo del edificio, pero ahora me refiero al Templo, al lugar donde estamos celebrando–*, y es importante celebrar esta fiesta de la “Dedicación” o Consagración, porque este es el lugar donde el Señor se encuentra con nosotros, el lugar donde aprendemos lo más importante de nuestro 'ser cristiano'.

Vamos a intentar explicar qué hay aquí en el Templo, que nos ayude a conocer al Señor y a conocer la Iglesia.

M.A./: Si miramos a mi derecha vemos que hay una imagen ¿alguno de vosotros me podéis decir de quién es la imagen?

Niños/: Una imagen de Jesús.

M.A./: Bien, una imagen de Jesús. Pero, Jesús ¿cómo está? ¿sabéis qué imagen de Jesús es? ¿es Jesús niño pequeño, es Jesús predicando o es Jesús resucitado? ¿qué os parece?

Niños/: Es Jesús resucitado.

M.A./: Muy bien, es Jesús resucitado, tal y como está ahora. Cuando nosotros nos reunimos en la Iglesia ¿qué sucede? Pues que está el Señor presente, está glorioso y resucitado, está vivo.

Y Jesús vivo, ¿qué es lo primero que hace con una persona *–bien sea pequeño o bien adulto–* para que pueda formar parte de la Iglesia? ¿cómo entramos a formar parte de la Iglesia? Hay un Sacramento por el cual entramos a formar parte de la Iglesia ¿cuál es?

Niños/: El Bautismo.

M.A./: Entonces ¿qué es lo que hay debajo de la imagen? ¿qué veis?

Niños/: La pila bautismal.

M.A./: Bien. La pila bautismal, **el baptisterio**, es el lugar donde recibimos la vida de Dios, donde fuimos bautizados. Cuando entramos en el Templo y vemos la pila bautismal el Señor

nos está recordando: «**Yo, aquí te di mi vida, y tú, aquí, recibiste la vida de Dios, eres hijo, eres hija de Dios**». Entonces ¿qué es un Templo? El lugar donde nos reunimos los hijos de Dios, los que formamos parte de la familia de Dios. Cada uno de los que estamos aquí tenemos nuestra casa donde vive nuestra familia, pues así la Iglesia es la casa y el lugar donde nos reunimos la familia cristiana.

Si ahora miramos al centro vemos tres sitios: **la sede, el altar y el lugar donde hemos proclamado la Palabra de Dios**.

Empezamos por **la Sede**, se llama así porque es el lugar donde se sienta el que preside la celebración, el que preside ha recibido el Sacramento del Orden y representa a Cristo resucitado, a Cristo Señor, a Cristo Salvador en la Iglesia. Por lo tanto, **Jesús, a través del sacerdote, nos preside como Pastor**. ¿Sabéis lo que es un pastor?

Niños/: El que cuida y reúne a sus ovejas.

M.A./: Pues así Jesús es el Pastor de la Iglesia que nos cuida y nos reúne a todos. El Señor nos ha llamado: «**¡venid, venid, que es Domingo y vamos a reunirnos en la Iglesia!**». La Iglesia la formamos nosotros con Jesús.

Después nos hemos sentado y tres personas han estado proclamando las distintas lecturas, ¿alguno sabría decirme desde donde se han proclamado?

Niños/: Desde aquí.

M.A./: Desde aquí, desde este lugar que se llama Ambón, un nombre un poco difícil para vosotros. El **Ambón** es el lugar donde se encuentra el libro de la Palabra de Dios, normalmente se cubre con un paño del color del tiempo litúrgico, según sea la fiesta litúrgica unas veces rojo, otras verde o blanco.

Para ser cristianos y amigos de Jesús necesitamos escuchar y alimentarnos de la Palabra de Dios. Tenemos que aprender a estar muy atentos y escuchar lo se está diciendo. Después el que preside, el sacerdote explica esa palabra de Dios que se ha leído.

A continuación **profesamos la fe**, recitamos el **Credo** y luego **vamos a realizar peticiones**, porque los cristianos confiamos totalmente en el Señor y le pedimos por todas las necesidades, pedimos por la Iglesia, por la familia, por los enfermos, etc., cada día hacemos peticiones distintas.

Después de las peticiones pasamos a otro lugar del templo. Dije que había tres sitios, he hablado de **la Sede**, que representa a **Jesús Pastor**; he hablado del **Ambón** que representa a **Jesús Maestro** que nos enseña, y ¿qué nos falta? Hay otro lugar que todavía no he hablado de él.

Niños/: El altar

M.A./: Muy bien, **el altar**. Como nos explican en catequesis, *–especialmente a los de tercero que vais a recibir la primera comunión–*, nos enseñan una cosa importantísima. Aquí en el altar sucede lo que llamamos “**EL GRAN MILAGRO**” ¿os suena el gran milagro? ¿qué es el **gran milagro**? Pues que aquí ponemos pan y vino, y Jesús, a través del sacerdote, pronuncia las palabras de la Última Cena y **el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino se**

convierte en la Sangre de Cristo. Jesús está presente aquí después de la consagración, se hace presente en el altar, ya no es pan y vino sino **su Cuerpo y su Sangre, y podemos comulgar.**

Pero de lo que se consagra, del Cuerpo del Señor no lo consumimos todo, lo que queda lo conservamos en un lugar importantísimo, es el primer sitio que vamos buscando cuando entramos en una Iglesia, decimos: ¿dónde está Jesús? ¿sabéis dónde está Jesús?

Niños/: En el Sagrario.

M.A./: En el **Sagrario**, muy bien. Es el lugar donde **el Señor está de una manera única, porque está realmente vivo y presente en la Eucaristía.** Entonces ¿qué nos enseñan los catequistas? Que cuando entramos en la Iglesia no entramos como en cualquier sitio, como cuando vamos al cole o al patio a jugar, corriendo, sino que en la Iglesia entramos con cuidado, en silencio y hacemos un gesto, una genuflexión, nos arrodillamos y saludamos a Jesús. Y Jesús se ha quedado en el sagrario, para que podamos venir a la Iglesia a rezar. Por lo tanto, la Iglesia es el lugar donde vamos a rezar porque está el Señor.

Y para terminar, nos falta un sitio. Hay un sitio importante de la Iglesia que no he explicado todavía. A ver, empecé por este lado, por vuestra izquierda, ahora miramos al otro lado, a la derecha y ¿qué veis?

Niños/: El confesionario

M.A./: Muy bien, **el confesionario.** Entonces, enfrente de la imagen de **Jesús resucitado** vemos a **Cristo crucificado**, que es el que perdona nuestros pecados. Y ahí dentro hay un sacerdote que está confesando, porque nosotros seguimos al Señor pero pecamos, somos pecadores y necesitamos el perdón de Dios, y el perdón nos lo da el Señor a través del sacerdote en un Sacramento especial, que es el Sacramento de la confesión, de la reconciliación, de la penitencia.

La Iglesia somos la familia de los hijos de Dios, somos hermanos y amigos de Jesús y vivimos la vida del Señor. Recibimos la vida cristiana por el **bautismo**, el Señor nos llama, nos da su **palabra**, se nos da en la **Eucaristía**, nos **perdona** los pecados y **se queda con nosotros para que podamos rezar con Él de una manera especial.**

Le vamos a pedir al Señor, que siempre que entremos en una Iglesia, aprendamos a vivir como hijos de Dios.

Que así sea



-
- (1) Dedicación de la Catedral (=sede del que enseña) de Roma, es la Basílica (=casa Real) de san Juan de Letrán, (el nombre de Letrán le viene del palacio que tenían los "Laterani"). Fue construida por el emperador Constantino hacia el año 324, en honor a Cristo Salvador como sede de los Obispos de Roma. Es llamada «madre y cabeza de todas las iglesias de la Urbe y del Orbe» Fue consagrada por el Papa san Silvestre el 9 de noviembre del año 324.
- (2) La Dedicación de la Catedral Magistral de Alcalá de Henares fue el 13 de octubre de 1991.
- (3) La consagración de nuestra parroquia dedicada a la Santa Cruz fue el 21 de mayo del año jubilar 2000.

Colaboradores en la obra de Dios

Sábado, 15 de noviembre de 2014

Textos: 3 Jn 5-8; Salmo 111; Lc 18, 1-8

En la primera lectura de la tercera carta del apóstol san Juan, brevísima, como la segunda, hemos escuchado un fragmento que tiene como dos ideas clave: una es la caridad que ha brillado en Gayo, a quien va dirigida la carta; y otra es la caridad que se expresa en la ayuda mutua, para poder vivir y desarrollar la vida cristiana, especialmente, la misión. De manera que Juan ha alabado cómo hay que ayudar y sostener a los que viven y predicán el evangelio.

Y lo segundo que nos dice san Juan, es que esto es importante porque tenemos que ser cooperadores en la difusión de la verdad. La gran tarea de la Iglesia es acoger, vivir y transmitir la verdad, tenemos que ser solidarios, no sólo para sostenernos en nuestro modo de vivir, sino que tenemos que ser solidarios también en la difusión de la verdad.

Del evangelio destacaría dos cosas: la primera, que tenemos que **orar siempre**; y la segunda que tenemos que **orar con fe**.

– **Orar siempre** quiere decir, que tenemos que ser cristianos de una determinada manera, es decir, aprender a vivir dialogando con Dios, que eso es la oración. De manera que orar sea nuestra manera de vivir en una relación viva y personal con Dios.

Por otro lado, el Señor nos ha dicho que si oramos tenemos que aprender también a pedir. A **pedir con confianza**, a pedir de verdad, porque lo propio de un cristiano es descubrir que Dios es un padre bueno que está deseando bendecirnos, tenemos que acoger el amor de Dios y los bienes con los cuales nos quiere bendecir

– Y para esto **tenemos que tener fe**. La frase final del evangelio, que es una frase de esas tremendas, preciosas y maravillosas, es una sacudida, la frase es: «**Y cuando venga el hijo del hombre ¿encontrará esta fe en la tierra?**» La fe de los que oran asiduamente, la fe de los que piden convencidos de que van a obtener lo que piden a Dios.

Cuando venga el hijo del hombre, y no solo cuando venga a final de los tiempos, sino cuando el Señor se acerca a nuestra vida, cuando abrimos el corazón y permitimos al Señor llegar hasta nosotros ¿encuentra fe en nuestro corazón?

Señor, te pedimos en esta mañana que celebramos la Misa de la Virgen, que aprendamos a ser como ella, que vivía continuamente en oración, que ha sido la mujer de fe que ha abierto el cielo para nosotros, y es la mujer que nos hace participar de su fe.

Ayúdanos Señor, a tener esa caridad entre nosotros, a ser colaboradores en la difusión de la verdad, a creer de corazón para vivir en unión contigo, y a tener una fe viva que te permita bendecirnos en todo momento.

Que así sea



La parábola de los talentos

Domingo, 16 de noviembre de 2014

Textos: Prov 31, 10-13.19-20.30-31; Salmo 127; 1 Ts 5, 10-6; Mt 25, 14-30

Hoy hemos escuchado la parábola de los talentos, una parábola muy importante donde el Señor ilustra algunas cosas sobre el sentido de nuestra vida.

Lo más importante de este texto está recogido en una frase preciosa donde dice el Señor: **«pasa al banquete, pasa al gozo de tu Señor»**. ¿Cuál es el verdadero sentido de nuestra vida? Pues que un día podamos llegar a entrar en el gozo de Dios, a participar en el banquete del Cielo. El banquete es una imagen de llegar a encontrar definitivamente y de veras a Dios.

Pero el Señor nos ilustra que, entre haber recibido la vida y llegar a gozar de Él, hay un camino y una historia de cada uno de nosotros, con una responsabilidad y con una llamada a dar una respuesta a Dios, nos lo presenta el Señor de una manera preciosa.

Y ese camino, es un camino de bendición de Dios, lo primero que hace el Señor es darnos la vida, de manera que cada uno tenemos nuestra propia personalidad y vamos creciendo. Y hay un momento donde el Señor sale a nuestro encuentro, y nos propone a cada uno una manera nueva de vivir, que consiste: **«Yo te bendigo, te doy mis dones y mi gracia, te confío lo que te doy para que, contigo y a través de ti, produzca fruto»**.

Esto quiere decir, que cuando el Señor nos da el don de la vida, somos libres ante Dios, podemos edificar nuestra vida de muchas maneras, pero cuando vamos conociendo al Señor descubrimos que Él tiene unos planes, tiene unos dones, una vocación y unas llamadas para nuestra vida.

Evidentemente, en la medida en que conocemos al Señor, eso nos implica a trabajar con Él, por Él y para Él, de manera que la parábola es verdaderamente luminosa, el Señor nos confía unos talentos, nos confía unos dones y hay que darle fruto, quiere decir que eso afecta a mi vida. Cuando el Señor entra, te invita y te propone algo, eso de alguna manera te implica, tienes que meter a Dios en tu vida y lo que Él te pide.

Y la respuesta –como nos muestra la parábola– es diversa ¿por qué? Porque unos acogen esa llamada del Señor, y lo que el Señor quiere y me pide empieza a formar parte de mi vida, y en cambio hay otros que aquello que le ha dado el Señor lo aparta, de manera que no lo hace formar parte de su vida.

Cuando el Señor ofrece los talentos, aquellos que los acogen y los hacen fructificar, es porque aquello que el Señor les dio lo hace suyo, su vida se identifica con lo que el Señor les confía. Y dice el Señor que aquello que da es según la capacidad de cada uno ¿qué quiere eso decir? Quiere decir una cosa muy sencilla, que Dios da la gracia a cada uno según la personalidad que uno tiene, porque delante de Dios cada uno somos distintos, el Señor nos quiere de manera única y personal, sabe muy bien cómo somos y a cada uno nos ofrece su gracia y su don de una manera personal.

A cada uno ofrece unos dones, no porque ame más a unos y a otros menos, ¡no! Sino que como ama bien y de veras, a cada uno le ofrece según le conviene. Y aquí es cuando

descubrimos el valor que tenemos delante de Dios. Hay gente que piensa que no tiene dones, que no tiene cualidades, todos al hacer recibido la vida estamos llenos de cualidades y de dones, y además de esos, que están presupuestos, el Señor nos confía nuevos dones, dones de la gracia. Es importante descubrir que para poder vivir la vida cristiana no podemos pensar: primero que no tenemos dones naturales, dones personales, eso sería no creer que Dios nos ha regalado bien la vida ¡claro que los tenemos! Lo que pasa es que a veces no los reconocemos o no los descubrimos.

Quizás no tenemos exactamente aquellos dones que pueden llamarnos la atención, que tiene otra persona, quizás no tenemos aquellos que querríamos tener, pero estamos llenos de dones, y no podemos ser felices si no los reconocemos. Caer en el error de pensar que no tenemos dones es una desgracia ¡claro que los tenemos! Y el trato con el Señor nos ayuda a despertar y a descubrir la cantidad de dones con los que Él nos ha bendecido.

Pero es que hay más, cuando tratamos con el Señor, Él nos confía nuevos dones, no ya dones naturales sino dones del Reino de Dios, dones divinos, dones donde el Señor dice: **«Yo cuento contigo, yo te confío mis dones, para poder dar fruto a través de ti en el Reino de Dios»**. Y cuando uno piensa que no tiene más dones, imaginaos lo que puede pasar si Dios viene y quiere confiarme algo, pues tiene la tentación de *meter la cabeza debajo de tierra diciendo: pero Señor te has equivocado ¿cómo me vas a confiar a mí algo?* ¡Claro que sí!

Todos valemos para el Reino de Dios. ¡Todos! Los pequeños, los de mediana edad, los maduros y los más mayores, los que están sanos y los que están enfermos, todos valemos para el Reino de Dios, y todos estamos llamados a aportar nuestro grano de arena, porque el Señor nos llama y se confía a nosotros.

¿Qué es lo que sucede? Que si realmente crees en los dones de Dios, y en la llamada a colaborar en el Reino de Dios, eso hace que los planes de Dios empiecen a ser parte de tu vida, te impliques y te entregues a ello, para que el Señor pueda producir sus frutos. Entonces llega un momento, quizá difícil de entender en la parábola, porque aquí es cuando viene el arreglo según una justicia muy particular de Dios, donde el Señor dice: **«muy bien, has dado fruto, entonces ven más adentro, pasa al banquete de tu Señor»**. Es decir: **«si tú crees en lo que te propongo, me eliges y trabajas conmigo, entonces llegarás a estar conmigo para siempre»**.

En cambio, si tú no quieres trabajar conmigo, es que no me acoges y yo no te puedo acoger en mi intimidad. Y entonces el Señor dice una frase verdaderamente sorprendente pero está en muchos sitios del evangelio, ¡atención! Dice: **«porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, aún aquello que tiene, se le quitará»**.

Y ese talento, que tenía aquel que no quiso hacerlo fructificar, se lo da al que tenía más. Y hay algo dentro de nosotros que dice: **«esto no es justo»**. ¡Claro que es justo! ¿Sabéis por qué? Porque Dios quiere hacer fructificar los dones, Dios quiere sacar adelante y difundir el Reino de Dios. Cuando una persona no quiere colaborar en esa tarea que Dios confía, hay que buscar sacarla de alguna manera, y Dios busca con quien hacerlo, y a veces tiene que recurrir a aquellos que ya llevan adelante la tarea encomendada, porque aquellos están dispuestos a recibir más y más tarea.

Por otro lado, cuando Dios bendice y nos da su gracia, bendice en la medida en que el hombre acoge, la acogida y el agradecimiento de los dones es lo que atrae nuevos dones de Dios. Si

Dios nos ofrece algo y no lo acogemos ¿cómo va a seguir dando? No puede. Si el Señor te ofrece algo y no lo quieres ¿cómo va a seguir dándote más?

En cambio, cuando Dios sale a tu encuentro y te ofrece, y tú acoges, te entregas y pides, descubres algo maravilloso, y es que eso que Dios te ha ofrecido es el principio de una bendición mucho mayor, de manera que en la medida que tú acoges y recibes lo que Dios te da, le estás diciendo al Señor: «¡yo quiero más!».

El Señor se deshace en deseos de bendecirnos a todos. Fijaos qué bueno es Dios, pero no puede bendecir sino al que quiere. Es importantísimo descubrir que no somos marionetas delante de Dios, que somos libres, y que Dios respeta como algo sagrado la libertad que Él nos ha dado.

Te damos las gracias Señor, en esta mañana, porque nos descubres la maravilla de nuestra grandeza delante de ti. Te damos las gracias porque nos has preparado el cielo, donde nos esperas para que podamos gozar eternamente de tu felicidad.

También nosotros estamos esperando el día, en que a cada uno de nosotros nos digas: «¡Ven, pasa al gozo de tu Señor». Descúbrenos, Señor, la maravilla de nuestra vida en la tierra, que es la oportunidad de poder colaborar contigo.

Señor, que no tengamos miedo de ti, que descubramos que tú verdaderamente eres digno de que pongamos en ti nuestra confianza. Gracias, Señor, porque nos colmas de bendiciones y de dones, porque nos ofreces talentos maravillosos. Enséñanos, Señor, a acoger lo que nos ofreces, a hacerlo parte de nuestra vida, y a permitir que con nuestra entrega puesta en tus manos, tú puedas dar fruto y fruto abundante.

Que así sea



El libro del Apocalipsis

Lunes, 17 de noviembre de 2014

Textos: Ap 1, 1-4; 2, 1-5; Salmo 1; Lc 18, 35-43

Quedan menos de quince días para que empecemos un nuevo año litúrgico, un nuevo año del Señor, solo queda un domingo para terminar este año, la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, con el cual clausuraremos el Año de la Esperanza en nuestra Diócesis.

La Iglesia nos ofrece en estos días una lectura del libro del Apocalipsis ⁽¹⁾. Hemos escuchado algunos fragmentos del último libro de la Biblia, un libro importante para descubrir cómo Dios y todo el Cielo, es el lugar desde donde se guía y se dirige toda la historia de la salvación. En este mundo está presente y actuando el Cielo, pero también el enemigo, el diablo y las fuerzas del mal están actuando, como lo muestra el libro.

Hemos escuchado primero la introducción y luego la primera de las cartas a las iglesias, a la iglesia de Éfeso. En la introducción, dice el autor, que el libro ha brotado porque el Padre ha hecho una revelación a Jesucristo, al Hijo encarnado, crucificado y resucitado, nuestro Señor. Y, Jesús, a través de un ángel, comunica a Juan lo que el Padre le ha revelado.

Juan ha recibido esa palabra, y ha salido a dar testimonio de la palabra y a dar testimonio de Jesús. Este es el movimiento de la Iglesia, el movimiento es: **que Dios ha salido de sí mismo, y tiene una verdad que comunicar a los hombres.**

Y esa verdad que tiene que comunicar a los hombres implica: **palabra y testimonio de vida.** Es decir, fidelidad a esa palabra y estar dispuestos a sufrir y padecer por llevar adelante y proclamar la palabra. Y eso es lo que ha provocado el martirio del Señor, porque lo siguiente que hace el Apocalipsis es mostrarnos que Jesús es el que tiene las llaves, es el Cordero que ha sido degollado y el que tiene las llagas, «**Todo ojo lo verá, también los que le traspasaron**». El fruto va a ser que Juan recibe esa palabra de Jesús y, por esa palabra y por dar testimonio de Jesús, va a ser perseguido, eso le va a convertir en **testigo y mártir.**

Es importante hacer esta reflexión hoy. ¿Por qué? Mirad, hoy en el mundo nadie va a protestar porque la Iglesia haga caridad, nadie la va a molestar, pero como la Iglesia hable la verdad la crucifican. Y renunciar a proclamar la verdad es dejar de ser cristiano ¡está clarísimo! ¿De dónde sale Jesús? Jesús sale del seno del Padre, para hablar a los hombres de Dios y de la vida de Dios.

Es muy fácil caer en una vida cristiana, donde dejamos la verdad a un lado y nos dedicamos a hacer cosas, que está bien, no es que haya que dejar de hacer eso, ni mucho menos, como nos lo demuestra la santa cuya memoria celebramos hoy, santa Isabel de Hungría, de la tercera orden franciscana, una mujer impresionante que descubrió a Cristo en los pobres y dedicó su vida a atenderlos, pero ¿por qué llega ella a eso? Porque ha conocido la verdad y la verdad la ha llevado a vivir así.

Todo el libro del Apocalipsis está centrado en proclamar que cuando hay cristianos que quieren dar testimonio de Dios, padecen. Eso es la historia de la Iglesia. Y hoy día tenemos que darnos cuenta de que si queremos ser cristianos, tenemos que ser fieles a la verdad, acogerla, vivirla y transmitir la verdad.

Y eso, sin la ayuda de Dios, es imposible. Dios nos tiene que ayudar a comprender que este mundo rechaza la verdad, ¡y no quiere oírla! Uno lo está viendo por todos los lados y uno puede pensar: «*aquí no hay nada que hacer*» ¡Claro que hay que hacer! Lo primero que hay que hacer es buscarla, porque **la primera obligación del hombre es buscar la verdad**, es **la primera obligación moral que tenemos**, lo recuerda preciosamente el Concilio Vaticano II⁽²⁾ y conocida esa verdad ser fiel a ella, vivirla y transmitirla.

Vamos a pedir hoy al Señor, de la mano de san Juan apóstol, enamorado del costado abierto de Cristo de donde mana sangra y agua. Vamos a pedir hoy a san Juan que nos de esta luz.

Señor, danos luz para comprender que tú nos has revelado la verdad, ayúdanos Señor, a acogerla, a vivirla y a transmitirla. Y que sepamos también, pedirte gracia para poder ser mártires, es decir, para admitir la incomprensión y la persecución cuando haya ocasión, por ser fieles al don que tú nos has dado.

Que la Iglesia, Señor, viva de ti, y viviendo de ti te transmita, tú que eres la Verdad, el Camino y la Vida.

Que así sea



⁽¹⁾ La palabra Apocalipsis es un término griego que significa “Revelación”. El Apóstol Juan recibió la gran revelación(=apocalipsis) cuando se encontraba desterrado en la isla de Patmos (Grecia) hacia el año 95 d.C. en la persecución de Domiciano.

⁽²⁾ Declaración “*Dignitatis humanae*” (sobre la libertad religiosa) del Concilio Vaticano II.

Mira que estoy a la puerta y llamo

Martes, 18 de noviembre de 2014

Textos: Ap 3, 1-6. 14-22; Salmo 14; Lc 19, 1-10

Continuamos escuchando en la primera lectura, fragmentos del libro del Apocalipsis, ayer escuchábamos el pasaje de la carta a la iglesia de Efeso. Hoy la lectura nos ofrece dos cartas que manda escribir el Señor a Juan, a la iglesia de Sardes y a la iglesia de Laodicea. Esas dos cartas se caracterizan por la llamada a la conversión. Dice santa Teresa que la humildad es en andar en verdad, y ciertamente el Señor en las cartas a las iglesias, lo que hace es decir la verdad de lo que pasa en cada una de ellas.

A unas las ensalza mucho, a otras les dice la parte buena y la parte que tienen que corregir y en algunas, como la que hemos escuchado hoy, es sobre todo una llamada a la conversión porque la iglesia no va bien. Todo está enmarcado en la presentación de Jesucristo que es el que habla: *«Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios»*.

De manera que el Señor se presenta y nos hace conocerle: *Jesucristo es el “sí” de Dios a las promesas; es el “sí” de la Alianza nueva y eterna; es el que ha dado testimonio de la verdad en el mundo y lo ha sellado con su sangre; es el principio de la creación de Dios, porque todas las cosas han sido creadas por Él y para Él*.

En medio de esto el Señor habla a la iglesia de Laodicea. Y hay un momento clave que dice: *«a los que yo amo los reprendo y los corrijo ¡sé ferviente y arrepíentete!»* Ciertamente, si nosotros abrimos la Escritura, vemos que no hay historia de la salvación sin llamada a la conversión, porque desgraciadamente no hay historia de la salvación sin pecado.

El movimiento de amor del Señor siempre es salir a nuestro encuentro. Un encuentro de misericordia. Y la primera faceta de la misericordia, es hacer comprender al hombre que realmente ha pecado y que se tiene que convertir. Por lo tanto, la práctica de la misericordia requiere conceder al hombre la luz de ver que está en pecado, y que tiene que salir de él. Pecado del que no puede salir solo, sino que sólo el Señor nos va a ayudar, y nos va a conceder la gracia de salir de ahí, si nosotros colaboramos y nos arrepentimos.

La frase dice: *«A los que amo, yo los reprendo y los corrijo»*. El capítulo doce de la Carta a los Hebreos tiene un párrafo precioso donde muestra cómo Dios que es Padre, que nos ama corrige a sus hijos, porque cuando a uno no le importa alguien, pues le da igual lo que haga, pero cuando un padre nos ama no le da igual lo que hace un hijo. Y si el hijo yerra y se equivoca, entonces como buen padre que lo ama, lo corrige, para que progrese por el camino del bien.

¿Qué nos dice Cristo resucitado y glorioso? Que Él está siempre cercano a nuestro lado. Y cuando, a veces, sentimos que el Señor nos toca el corazón y nos *“tira de la oreja”* es porque nos quiere, tenemos que estar muy atentos a esto, estamos aquí porque queremos vivir en el Señor.

Y ¿cómo podemos crecer en el Señor? Teniendo una actitud constante de conversión, sin esa actitud de conversión no podemos ser de Cristo. El Señor, que es tan bueno conmigo, cuida de

mí, y está constantemente atento a que yo no me desvíe. Es más, está constantemente atento a mejorarme, a hacerme crecer en el camino.

«¡Sé ferviente y arrepíentete! Mira que estoy a la puerta y llamo, si alguien me oye y abre, entraré y cenaremos juntos» Es lo que estamos haciendo ahora, el Señor ha llamado a la puerta de nuestro corazón, y nos ha invitado a entrar en la mesa del banquete, de la Eucaristía, que está evocado en esta frase preciosa del Apocalipsis.

Para acercarnos a la mesa del Señor, hay que tener una disposición de conversión, por eso no comenzamos una Misa sin los ritos iniciales, donde después del saludo, delante del Señor nos reconocemos pecadores y pedimos perdón. Es lo que hacemos: **«Yo confieso» «Señor ten misericordia de nosotros porque hemos pecado contra ti» «Señor, ten piedad».**

Por lo tanto, esa actitud nos tiene que ir impregnando, porque el corazón humilde, el corazón que se reconoce necesitado de la misericordia del Señor, es el corazón que puede acercarse a escuchar la palabra, acogerla y dejarse juzgar por ella y encontrar en ella luz para la vida. De esa actitud de conversión y de escucha de la palabra de Dios, nos acercamos al altar del Señor para ofrecernos con Él y participar del banquete, donde Él mismo se nos da.

Señor, te damos las gracias, porque seguimos siendo iglesia a la que tú hablas. Te damos gracias porque a través de la palabra del Apocalipsis iluminas nuestra vida.

Señor, danos la gracia de la humildad, que aprendamos como santa Teresa a caminar en verdad. Haznos, Señor, descubrir tu llamada al arrepentimiento y a la conversión como amor predilecto tuyo.

Enséñanos, Señor, a abrir de par en par nuestro corazón, para poder participar con gozo y con fruto en el banquete de la Eucaristía, anticipo de la mesa del Cielo.

Que así sea



Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo Clausura del Año de la Esperanza

Domingo, 23 de noviembre de 2014

Textos: Ez 34, 11-12.15-17; Salmo 22; 1 Cor 15, 20-26.28; Mt 25, 31-46

Estando en el convento de Cracovia, santa Faustina Kowalska tuvo la primera revelación de la Divina Misericordia. Todos conocemos la imagen de la Divina Misericordia, la tenemos aquí al lado del altar, es la imagen de Jesucristo vivo y resucitado, de cuyo costado salen dos rayos, rojo y blanco, que iluminan y dan vida.

Esta gran santa del siglo XX un día, estando ella en la portería del convento, llegó un pobre mendigo, ella toma de la cocina y le entrega lo necesario para comer y beber, cuando el hombre terminó de comer antes de marcharse le dijo: «**gracias Faustina, Yo soy Jesús**»⁽¹⁾. Santa Faustina es en la historia de la Iglesia una referencia para comprender la misericordia de Dios.

Si queremos conocer qué es orar de verdad, tenemos que conocer un poco a santa Teresa, ciertamente podemos orar bien sin saber nada de ella, pero lo haremos mucho mejor si conocemos a aquella que el Señor eligió para explicar cómo se ora, cual es el camino de la oración. Y desde que el siglo pasado, el Señor nos regaló el don de santa Faustina Kowalska, es difícil entender bien el misterio de la misericordia sin conocer la vida de santa Faustina.

Por aquel tiempo pasaba casi todos los días, cuando estaba obligado a ir a un campo de trabajo forzado, Karol Wojtyła, –quien después fue Papa–, pasaba por aquel convento y entraba, rezaba en aquella iglesia donde había vivido santa Faustina y fue conociendo el misterio de la misericordia de Dios. Posteriormente fue elegido Obispo de Cracovia y posteriormente Cardenal. Él siendo responsable de la Diócesis inició el proceso de canonización de santa Faustina, y tomó como una llamada de Dios difundir el mensaje de la misericordia divina. Mensaje que significa descubrir lo que el Señor le había explicado a santa Faustina: «**Tú tienes que difundir la devoción a mi divina misericordia, y tienes que preparar la Iglesia y el mundo para mi segunda venida**». Es la gran misión que le encomendó el Señor a santa Faustina. Karol Wojtyła, fue asimilando durante toda su vida este mensaje de la divina misericordia.

Un buen día fue elegido Papa, Juan Pablo II, y siguió con el proceso de santa Faustina. Primero fue beatificada y posteriormente canonizada el Domingo de la Misericordia Divina, es decir, el segundo Domingo de Pascua. Y dice él que fue el día más feliz de su vida.

Juan Pablo II nos ha regalado una gran Encíclica que se llama “*Dios rico en misericordia*” (*Dives in misericordia*), dedicada totalmente a la misericordia de Dios. Ahí no nombra a santa Faustina, pero en cambio él vuelca ahí todo lo que la revelación, la tradición y la espiritualidad dice de la misericordia y da luces nuevas, preciosas.

Una de las luces que da en esa Encíclica es: **Jesús pide misericordia para sí mismo**. Y pide misericordia, porque así, el Señor desciende hasta un punto donde reclama de nosotros el amor, de manera que la grandeza de Dios es que Dios se hace hombre y se abaja hasta tal punto que se pone cerca de ti y dice: «**por favor, ¡ámame ¡ámame!**!». El Señor es tan grande, que se pone cerca de nosotros para arrebatarnos lo más necesario para nosotros mismos, lo que más necesitamos que es: amar.

Además, así el Señor nos enseña a los cristianos algo fundamental y es que somos el Cuerpo de Cristo en la tierra, somos imagen, testigos y medio o instrumento de la misericordia de Cristo vivo y glorioso. ¿Cómo el Señor resucitado, sigue mostrando su amor misericordioso a los hombres? A través de la Iglesia, a través de nosotros.

Pues bien, fijaos qué cosa más maravillosa nos ha dicho el Señor en este evangelio, que queda para siempre hasta la eternidad. Hay un misterio impresionante y es que el Señor se ha unido a todo hombre y a toda mujer, independientemente de lo que crea o deje de creer, de si es pecador o está en vías de santidad. Y es que Él ha asumido y abrazado a todos los hombres y lo que se le hace a un hombre o a una mujer se le hace a Él. Este es el misterio, ¡*lo que se le hace a un hombre o a una mujer se le hace a Él!* Y esto es lo que tenemos que creernos de veras.

Estamos terminando el año de la esperanza. La esperanza siempre nos hace mirar hacia el destino de nuestra vida, hacia el Cielo y nos hace descubrir cómo tenemos que vivir, sin desesperarnos ni desalentarnos en la vida, que a veces no es fácil.

El Señor hoy, ¿qué nos dice? Pues mirad, el Señor hoy nos dice que tenemos que aprender a amar, porque todos los que estamos en el mundo, los que han existido y los que existirán estamos llamados a ser compañeros y hermanos de eternidad. Aprender a amar a todos, a cualquiera, sea quien sea, es creer en el Cielo, porque todos los que existimos estamos llamados a la gloria.

Y amar a todos, en especial a quien padece y sufre, en las pobreza de siempre, hambre, sed, en todas las que ha dicho el Señor y en las nuevas pobreza, el no encontrar sentido a la vida, etc., amad al necesitado es abrirle camino para que, tocado por el amor del Señor, también descubra a Dios. El camino que ha elegido el Señor para tocar el corazón es el amor.

La Iglesia cree de verdad en Jesucristo, cree en el Rey del Universo, Cristo glorioso, en el que estamos todos llamados al Cielo, es el Amor de Dios el camino para tocar los corazones de aquellos que se resisten a creer.

Por eso el Señor le dice a santa Faustina: **«cree y acoge mi misericordia, vive y anuncia mi misericordia, practica mi misericordia, porque esos pecadores por los cuales tú pides y rezas el rosario y la coronilla de la misericordia, a esos pecadores los tocas con mi amor cuando tienes misericordia con ellos».**

Señor, haznos creer en el amor que nos propones, danos una mirada nueva para descubrirte vivo en nuestros hermanos, especialmente en los que sufren. Danos un corazón misericordioso y haznos descubrir el gozo y la felicidad que vamos buscando en el camino verdadero, que es amarte a ti y amar como tú nos has enseñado y amar a nuestros hermanos en ti.

Que así sea



⁽¹⁾ En el edificio hay una placa que conmemora este hecho, la llegada de Jesús mismo disfrazado de pobre, como lo describe ella en su "Diario". «María Faustina fue a la cocina y le entregó una taza de sopa y pan. Cuando el pobre terminó de comer el joven se reveló como Jesús, quien dijo: "Hija mía, me han llegado las bendiciones de los pobres que alejándose de tu puerta, me dan las gracias. Me has complacido y quise bajar del cielo para saborear los frutos de tu misericordia" (D. 1313)».

Llevaban grabado en la frente el nombre de Cristo

Lunes, 24 de noviembre de 2014

Textos: Ap 14, 1-5; Salmo 23; Lc 21, 1-4

¿Os habéis preguntado alguna vez cómo es el Cielo? Pues para saber cómo es el Cielo, ciertamente hay que leer el Apocalipsis, porque es el libro que dedica más páginas a hablar del Cielo, no es un libro fácil pero es importante ver cómo viven los que están con Dios.

El libro del Apocalipsis describe el cielo de una manera singular, si leemos el libro vemos que hay una descripción y una interacción continua entre el cielo y la tierra, de manera que la tierra está continuamente afectada por el Cielo y por las fuerzas del mal, por lo tanto aquí no vivimos simplemente a nuestro aire, sino que el Cielo está presente y queriendo intervenir continuamente en la tierra en la medida en que también nosotros le dejamos y cooperamos.

El Cielo está pendiente de la tierra y queriendo llevar adelante la obra de la salvación, como contemplábamos en ese pasaje fundamental del capítulo quinto, donde vemos al Cordero que es Jesucristo abriendo el libro de la vida, quitando los sellos, es decir, llevando adelante los designios de Dios hasta que sea terminada la historia.

En medio de esto, aparece el pasaje, –como entre paréntesis–, que acabamos de escuchar. Y ¿qué nos describe aquí? Que hay una multitud inmensa que están cantando, eso significa que hay una felicidad plena, viven en el gozo y la alabanza a Dios. Están allí los que han vivido de una determinada manera, son los que han seguido al Cordero.

De manera que el libro del Apocalipsis viene a contar que los que han sido fieles y han seguido al Cordero en la tierra, continúan ahora siguiendo al Jesucristo que está presente y vivo en medio de nosotros llevando adelante la historia de la salvación. Los que están con el Cordero en el Cielo también están ayudando a los que estamos en la tierra, que es la segunda dimensión.

Por lo tanto, el gozo, la alabanza y la alegría de llegar a aquello que el Padre ha querido desde toda la eternidad, que estemos con Él para siempre. Es un gozo y alegría desbordante que no podemos ni imaginar. Y por otra parte, se participa allí en el Cielo de toda la tarea de Cristo en la tierra, porque todos los que estamos aquí en la tierra tenemos un encuentro con Cristo glorioso, vivo y resucitado. Ellos, los santos también nos ayudan a llevar adelante lo que el Señor quiere de nosotros.

Y por ultimo **¿qué es celebrar la liturgia?** Pues es **unirnos a estas dos cosas que hemos dicho:**

– **Unirnos** a la alabanza, a la gloria y al gozo que se vive en el Cielo, especialmente cuando somos invitados al comienzo de la plegaria eucarística «**Santo, Santo, Santo**». Es lo que dice el Apocalipsis que están cantando en el Cielo delante del Padre.

– Y **participar** de la difusión de la salvación, porque celebramos para recibir la vida de Dios, **para que la corriente de Agua Viva que mana del trono de Dios y del Cordero nos**

alcance. Eso es lo que bebemos en el altar. El Cielo se abre para nosotros para que podamos beber el Agua de la Vida.

Señor, en esta tarde te damos las gracias, porque el Cielo es maravilloso y porque nos has preparado un sitio allí para siempre junto a ti.

Enséñanos, Señor, a descubrir la maravilla de creer en el Cielo y creer que esa luz camina en la tierra. Ayúdanos a vivir en comunión contigo y con todos los Santos, y a descubrir cómo te haces presente y te comunicas a nosotros, en la celebración de la liturgia, especialmente en la Eucaristía.

Que así sea

Dichosos los invitados a la Cena del Señor

Jueves, 27 de noviembre de 2014

Textos: Ap 18, 1-2.21-23;19, 1-3.9; Salmo 99; Lc 21, 20-28

Dos cosas de la primera lectura que venimos comentando en estos días. Primero, en el camino de la historia de la salvación, en ese enfrentamiento entre las fuerzas del bien y del mal, hay un momento donde crece muchísimo lo que se llama “*la gran babilonia*” que en el fondo es la ciudad de los hombres construida sin Dios, contra Dios y al margen de Dios, donde en esa ciudad de los hombres reinan las fuerzas del mal.

Pero hay un momento donde eso cae, esa ciudad de los hombres donde reina el mal, antes o después, cae, se viene abajo. Y todo lo que era una fiesta en esa ciudad de los hombres era una fiesta ilusoria, no pueden cantar más porque esa fiesta no era verdadera.

Por el contrario, en el Cielo siempre se canta la fiesta verdadera, una fiesta a la que todos estamos llamados a participar, en la medida en que podamos llegar a la ciudad de Dios, a la ciudad definitiva que es el Cielo. A los que creemos y seguimos al Señor se nos invita ya a participar de esta fiesta de manera singular, somos invitados a participar del gozo del Cielo al celebrar la Eucaristía.

Al final de la lectura, dice: «*dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero, la alabanza, la gloria y el poder son de nuestros Dios porque sus juicios son verdaderos y justos*» Hemos sido invitados a cantar ese *Aleluya* del Cielo.

Y es precisamente la frase que proclama el Apocalipsis: «*dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero*» la que se repite en la liturgia de la Misa antes de acercarnos a comulgar: «*dichosos los invitados a la Cena del Señor*».

Es importante porque la Iglesia nos está enseñando que cuando nos acercamos a la mesa del Altar estamos recibiendo la prenda del Cielo, estamos recibiendo al Cordero celestial, a Cristo que se hace para nosotros sacramento en la tierra, pero es el Cristo que está delante del Padre, Cristo glorioso. Por eso como nos recuerda siempre la enseñanza de la Iglesia **comulgar es recibir la prenda de la inmortalidad, es recibir la prenda de la vida en el Cielo.**

Señor, en esta tarde queremos darte las gracias porque nos haces partícipes ya en prenda, a través de la Eucaristía, de la vida del Cielo.

Ayúdanos a construir siempre nuestra vida en unión con el Cielo, que nunca participemos de esa ciudad que construyen los hombres sin ti. Haz que caminemos siempre en esta tierra unidos a ti, y que descubramos en la celebración de la Eucaristía la esencia viva del Cielo.

Ayúdanos, Señor, a recibirte de corazón y al comulgarte de verdad, que nuestra vida te agrade en todo.

Que así sea

I Domingo de Adviento

30 de noviembre de 2014

Textos: Is 63, 16-17.19;64,2-7; Salmo 79; 1 Cor 1, 3-9; Mc 13, 33-37

El Señor está muy contento hoy porque para Él es un día muy especial. ¿Por qué es un día tan especial para el Señor? Porque Él empieza este nuevo año con la Iglesia. Y para Él es un año donde está deseando llenarnos de gracias y bendiciones.

En la Iglesia, cuando celebramos el comienzo del año litúrgico empezamos siempre con el Adviento, y tenemos el riesgo y el peligro de pensar que es lo de siempre, pero no es lo de siempre. Por un lado celebremos los mismos misterios del Señor pero nunca es igual porque cada año es diferente, cada año tenemos un encuentro distinto con Jesucristo.

Para Jesucristo no es igual este día de tu vida, que hace diez o veinte años, o hace un mes, ¡para el Señor no es igual! Porque sabe que tú no estás igual ni necesitas lo mismo. Por eso, *ojalá*, descubramos a lo largo del año que Jesús está vivo y nos acompaña en cada momento de nuestra vida.

Al comenzar el año litúrgico, Él te dice: *«Este año yo quiero que vuelvas a meditar, vivir y celebrar mis misterios, yo quiero bendecirte de nuevo de una manera especial. ¡Si tú supieras, las gracias que tengo reservadas para ti cuando celebres mis misterios!»*. Este es el gozo que tiene el Señor, el deseo de llenarnos de sus dones.

Para eso, *ojalá*, aprendamos a seguir el camino del Adviento mirando a Cristo. El que un día vino en carne mortal, –lo celebraremos en la Navidad–, es el que está viniendo continuamente, aunque de manera oculta está presente y quiere manifestarse constantemente en nuestra vida.

Este misterio de la vida del Señor, –*el que vino, el que vendrá, el que viene*–, es el que esperamos en el Adviento, tiempo que nos prepara para celebrar que Dios realmente se ha hecho hombre, se ha hecho uno de nosotros y lo podremos adorar hecho Niño, viviremos los misterios de Navidad. Después volveremos al tiempo que nos prepara para vivir el gran misterio de la redención, en torno a la Pascua, Cuaresmo nos prepara y en la Pascua lo celebramos hasta vivir el gran don del Espíritu Santo en Pentecostés. Y continuaremos en tiempo ordinario donde, a través de la liturgia, vamos acompañando al Señor.

Al comenzar este año, yo quisiera que nos quedáramos con estas dos cosas. La primera, Jesús, hoy está lleno de gozo y te dice: *«Yo quiero bendecirte durante este año ¿me crees?»*. Segundo, para que el Señor lo pueda hacer, tú tienes que vivir este año centrado, centrada en Él. Tienes que venir, especialmente los domingos, con el deseo de encontrarte con el Señor, para ser bendecido y recibir las gracias que Él quiere derramar en ti.

Por eso el Señor, al comenzar un año, **te promete un maravilloso regalo que Él tiene en el corazón**. Y el Señor espera de ti que le hagas un regalo y es que le hagas caso, que le tomes en serio y que busques los dones que Él te quiere dar.

Te damos gracias Señor, porque nos regalas un nuevo año, este año que comenzamos en 2014 pero que lo viviremos a lo largo de 2015. Te damos las gracias Señor porque eres tan bueno y quieres llenarnos de gracias y de dones.

Te pedimos nos bendigas a cada uno de los que estamos aquí, a nuestros familiares y amigos, y te pedimos especialmente que nos llenes de tu gracia divina, y que nos des salud y trabajo.

Que así sea

